

EL ALABADO. IMPORTANCIA Y TAMAÑO DE SU HERENCIA LITERARIA POPULAR

MIGUEL COBALEDA¹

La memoria colectiva de los pueblos es a menudo el santuario donde éstos atesoran su herencia espiritual cuando se encuentran ante el riesgo de aculturación por el cerco y la presión de otra cultura más agresiva. Esto es lo que se vieron obligados a hacer los habitantes e inmigrantes de raigambre mexicana y lengua española del suroeste de los Estados Unidos cuando la marea de habla inglesa los aisló geográfica, social y culturalmente durante los ciento treinta años que se extienden desde el tratado expoliador² de Guadalupe Hidalgo en 1848 hasta el principio de los años ochenta del siglo XX, muchas de cuyas actitudes y secuelas no se han cancelado todavía.

La marginación de una cultura por otra conlleva frecuentemente el abandono de las formas más elaboradas de expresión en el seno de la cultura reprimida,³ pues, al no tener un territorio social abierto

¹ Catedrático de Filosofía, ensayista y escritor salmantino (<http://www.cobaleda.net/>). El presente texto corresponde al Prólogo de la obra *Alabados...* de William H. González, ya citada.

² Casi la mitad de su territorio tuvo México que ceder a Estados Unidos el día dos de febrero de 1848, por este tratado a que se vio obligado en virtud de la derrota militar y de la ocupación de su capital a manos de tropas del general W. Scott. Esta enormidad no solamente quebró la geografía mexicana, sino que produjo una grieta duradera en la conciencia colectiva de los expoliados, la cual tiñe aún los sentimientos de su marginación.

³ “Son contados los autores que han hecho su obra en español [...] porque la mayoría lo hace en inglés, fundamentalmente porque [...] conocen el español hablado, pero no el escrito, que en los Estados Unidos cada vez se estudia menos en la

en el que florecer, no pueden desarrollarse con plenitud, viéndose obligadas a recurrir a la tradición oral y a la memoria colectiva hereditaria. La cultura agresora pretende asegurarse todos los triunfos⁴ y ejerce una presión pluridimensional destinada a coartar cualquier manifestación de la cultura agredida, especialmente las más ricas y profundas; desea, en general, los bienes materiales (territorio y sus riquezas, fuerza laboral) de aquéllos a quienes avasalla, pero desconfía de los bienes espirituales,⁵ el idioma, la historia viva, las tradiciones y costumbres, que siente como lo que son, cauces de liberación, expresiones de la identidad colectiva, símbolos de rebeldía. Por ello los marginados tienen que buscar otras vías para continuar su aventura humana sin renunciar a sí mismos ni olvidar su corazón, grabando con mayor hondura la huella de su espíritu con el troquel perdurable de los sentimientos en la memoria oral, en las formas perennes de la canción y de la oración.

escuela.” “La literatura chicana hoy”. Manuel Villar Raso. Revista *República de las Letras*, de la Asociación Colegial de Escritores de España, 59 (noviembre 1998): 1 -19.

⁴ En todo hay categorías, incluso entre las culturas agresoras; tal vez en otros ejemplos en que ‘agresores’ y ‘agredidos’ fuesen diferentes de aquéllos de los que tratamos aquí, las imposiciones pudieran ser menores o tener otro matiz. En este sentido sigue siendo muy interesante el libro *America and the World Revolution* (Oxford University Press, 1962) de ese clásico moderno tan venerado por la cultura anglosajona que es Arnold J. Toynbee. En este trío de conferencias dictadas en la Universidad de Pennsylvania, en Philadelphia, en 1961, Toynbee se atreve, ante un público americano, a desenmascarar el cariz de la sociedad americana de mediados del siglo XX. De paso reconoce de forma explícita y valiente (segunda conferencia) que los católicos hispanohablantes hemos tratado a nuestros nativos coloniales con mucha mayor liberalidad y generoso talento que los anglosajones a los suyos. Eso sí: en la misma conferencia, y decidido a demostrar que los Estados Unidos han conseguido su imperio comprando más que venciendo, propende a ‘dejar de lado’ la conquista del territorio mejicano.

⁵ Desconfía de ellos y trata de erradicarlos, no otro sentido tienen los ataques contra ciertos aspectos de la religiosidad de los hispanohablantes por parte de la mayoría anglohablante, aunque esos ataques adopten forma despectiva más que conflictiva. Cuando una cultura es agresora, sus formas éticas y religiosas también lo son: “Son numerosas las éticas que responden a este cuadro: los burócratas de las teocracias y de las estadocracias las propician como métodos para prolongar la acción del poder hacia el interior del corazón de los hombres [...] ese tipo de ética es represor pero rigurosamente inútil, porque la negación de la libertad puede ser predicada [...] pero no puede ser conseguida”. Miguel Coboleda. “Arquitectura de la realidad”. *Acta Salmanticensia*, 179 (1986): 84.

Pero lo que tiene de menos erudito este modo de custodiar los propios valores, lo tiene también de más sólido y creativo, por lo que no es de extrañar la inmensa riqueza de las formas populares de poesía sacra que la población de habla española de Nuevo México, California, Colorado, Utah y otros estados del suroeste ha mantenido en vigor durante tanto tiempo, y que se muestra y demuestra en la ingente colección del libro de William H. González.

La inevitable parcelación de este gran mosaico espiritual que un régimen de catacumbas culturales obliga a producir, lleva a cada individuo y pequeño grupo a pensar que la minúscula *tesela* que custodian es única tal vez, y está perdida en un mar de palabras y sentimientos extraños. No es el menor de los méritos de este libro erradicar ese probable error, y dar a conocer a todos ellos la magnitud de este tesoro religioso y literario, pues los ‘alabados’ particulares que cada cual rescata de su tradición familiar son solamente parte de un caudal enorme cuya dimensión exacta empezamos a presentir al leer y releer cada ‘alabado’ y sus variantes, lujo cultural que nos proporciona la colección de ‘alabados’ que aquí se contiene.

Se trataba también de no olvidar, por parte de una minoría culturalmente cercada, las profundas raíces de su acervo, cuyo remoto origen podría perderse en la imprecisión de los recuerdos heredados, o simplemente ignorarse por esos mismos aislamiento y lejanía. Esta poesía popular contiene, y bien se percibe en la secuencia de las páginas del libro, todas las huellas de su pasado, a que no solo aquí, sino en otros escritos,⁶ hace referencia W. H. González: la rica tradición literaria y religiosa española; el ánimo profundamente predispuesto a la religiosidad como expresión de la idiosincrasia de una raza; la influencia con que, primero en la Península Ibérica y luego en tierras americanas, la Orden Franciscana troqueló los sentimientos religiosos del pueblo usando un cauce literario de honda raigambre que acaso ha empezado, con los *lauda* italianos, cuando la Orden llega a España en el siglo XIII, y que luego siembran desde California a Texas, desde Costa Rica hasta Luisiana tantos frailecicos como Fray Antonio Margil; en fin, la inimitable capacidad para la poesía y la música que da a esta literatura popular expresiones tan variadas.

⁶ Véase, por ejemplo, William. H. Gonzalez. *Romancero religioso de tradición oral*. Madrid, Editorial EYPASA, 1994, p. 22 ss.

Además de esas huellas de su pasado, contienen los ‘alabados’ también riquísimos elementos de presente, pues la creatividad que les sirve de cauce no se ha extinguido en absoluto, sino que aumenta y matiza su larga historia manteniéndola viva. En este sentido el libro de William H. González, anotando sin agotarla⁷ la gran cantidad de variantes de los poemas, atestigua esa riqueza que diversifica la unidad de la inspiración poética y la vuelve múltiple y copiosa. Lejos de ser solamente la repetición mecánica de letras tradicionales, busca aquilatar el sentido y explorar los sentimientos⁸ para irles poco a poco dando una más perfilada dimensión de la expresión lírica y una mayor hondura de su contenido emocional.

Quiero todavía destacar dos aspectos que no por ser menos evidentes en la recitación sencilla de los poemas, resultan menos vigorosos en su significado general: el contenido franciscano de su mensaje y su empleo frecuente como bandera contra la marginación.

Entre los investigadores del tema es bastante común la tesis del origen franciscano de los ‘alabados’⁹ como vehículos especialmente útiles para la tarea espiritualizadora; y de lo que no cabe duda es del uso misional que los frailes franciscanos hicieron de estos poemas a lo ancho del inmenso territorio y a lo largo de varios siglos. Una piedad generosa y abierta; el exquisito perfil de la religiosidad que se recrea en lo que es al tiempo mínimo en su detalle pero inmenso por su significado,¹⁰ rozando a veces lo sublime por la fragancia de su simplicidad poética;¹¹ todo ello seguramente nos llega desde tal ori-

⁷ Para no desorbitar el tamaño, el libro ha tenido en ocasiones que prescindir de la exhaustiva inclusión de variantes.

⁸ Compárense estas dos muestras extraídas de las variantes 4^a (Cuaderno de Esparadrado Rosa) y 5^a (Libro Negro), del poema Padre, Jesús Nazareno: “Madre mía de los dolores / ya llevan a tu Hijo amado / que gotas de sangre lleva / en ese manto morado” – “Madre mía de los dolores / ya llevan a tu hijo amado, / sudando gotas de sangre; / que el vello lleva empapado.”

⁹ Así lo recoge y desarrolla W. H. González en su Prefacio.

¹⁰ En ocasiones llega a ser de un encantador ‘franciscanismo’ detallista, minucioso, certero: “Por el mucho amor / que nos ha tenido, / de morado viene / mi Jesús vestido”, como leemos en la 6^a estrofa de la 2^a variante (Libro Negro) de “¡Oh, qué grande dicha!”

¹¹ “Allí pides agua / pero te dijeron / que el pozo estaba hondo / y no sin misterio”, que podemos encontrar en la estrofa 11^a de la variante 1^a (Cuaderno de José Prudencio González) de “¡Oh, pan admirable!” Y tantos otros ejemplos en el mismo sentido.

gen. No es este el lugar para llevar a cabo una investigación de calado filosófico en las entrañas de las tesis que implícitamente (en ocasiones también de forma explícita) se contienen en los poemas aquí recogidos, pero apuntemos, siquiera con la singularidad de un ejemplo y por no dejar intacto asunto de tanta envergadura, el modo directo, hasta contundente, en que el sentimiento religioso se expresa en estos versos. No encontramos aquí solamente muestras de la devoción popular o la confianza con que se beneficia la fe, sino la certeza y la seguridad de que gozan los argumentos de la razón; todos los seres, todos los objetos nos hablan de un Supremo Creador y nos hacen seguir un itinerario hacia Dios, más como quien se desenvuelve de demostración en demostración que como quien se difumina de sentimiento en sentimiento. Hay claros exponentes de tales doctrinas en el pasado y tenemos derecho a retroceder hasta los pensadores franciscanos del XIII para buscar y encontrar en ellos los cimientos de ésta y otras tesis.¹² La confianza en que la salvación¹³ vendrá por la verdad trascendente, que sustituye acaso a la inteligencia confundida, está presente a lo largo y a lo ancho de todos estos versos.

Muy otro sentido tiene el segundo aspecto. Cuanto más asfixiante resulta el cerco marginador en torno a la población de lengua española en los estados del suroeste, y más se pretende estrangular las raíces sociales y hasta educativas de su cultura, más conciencia toman los marginados del valor de su herencia y más la usan también como baluarte de resistencia, además de que constituya, claro está, la substancia espiritual de que se nutren. Saberse poseedor, mejor aún, sentirse partícipe de una riqueza espiritual que a la vez nos contiene y nos trasciende; entrever el origen majestuosamente remoto de unas dimensiones culturales que, después de haber nutrido a numerosas generaciones anteriores, también conforman nuestra personalidad presente; poder reconocerse uno a sí mismo ante un espejo cultural de tan venerable contenido: todo ello espolea el coraje del espíritu y lo fortalece y vigoriza. Si a la inspiración religiosa tradicional podemos deberle la riqueza lírica que contiene, posiblemente a éste su carácter

¹² Repásense los escritos de Juan de Fidanza, por ejemplo el *Itinerarium Mentis In Deum*, y recuérdese que San Buenaventura es uno de los más brillantes exponentes del franciscanismo del XIII.

¹³ Individual y colectiva: ¡qué fuerte es la ligazón que afianza los vínculos de esta comunidad que conserva y repite los poemas!

como bastión de tenacidad le debamos la sólida firmeza que ha mantenido a través de los tiempos.

Este espléndido trabajo de William González viene así a satisfacer, colmando un hueco que se estaba haciendo sentir, varias necesidades de la comunidad de lengua española en el sur de los Estados Unidos: el reconocimiento de la importancia y tamaño de su herencia literaria popular, la valoración de la misma en términos indiscutibles, y la conservación documentada y rigurosa de una parte esencial de esa herencia.

